# DON JUAN VALERA DIPLOMÁTICO

*Ana Navarro*

Don Juan Valera simboliza en España, por su incuestionable alcance literario y por su extensa trayectoria diplomática, el paradigma de la ya tradicional alianza diplomacia-literatura con raíces en el siglo XVI, que contribuyó en el XIX a la fijación de un modelo humano consolidado desde el Romanticismo. Andalucía cuenta con una interesante nómina de estos escritores –el Duque de Rivas, Alcalá Galiano, Ganivet, García Tassara...– cuyas trayectorias diplomáticas, también eclipsadas por su fama de literatos, han quedado en España ajenas a la atención historiográfica[1].

El ingreso de Valera en la diplomacia en 1847 como Agregado sin sueldo en la embajada de Nápoles marca el inicio de una dilatada carrera diplomática de casi 50 años por Europa y América, que se sitúa en el tránsito de la vieja diplomacia (s. XIX) al nuevo orden internacional, es decir, entre el Congreso de Viena (1815) y la Conferencia de París (1919). Es el período en el que sedimentan las bases de equilibrio pacífico en Europa concertadas por los principios de actuación diplomática del sistema de alianzas europeo, en el que tienen lugar la intensificación de los nacionalismos y la consolidación de países que conforman un nuevo mapa geopolítico (Alemania, Italia....), y en el que adquieren auge la expansión colonialista europea y la revolución industrial.

En este contexto internacional, la política exterior de España, situada diplomáticamente en un obligado segundo plano, ingresa en la época

---

[1] A los nombres de Chateaubriand, Eça de Queiros, Washington Irving, etc. y a los ya citados del Duque de Rivas, Alcalá Galiano, Ganivet, García Tassara, añadiremos en España los de Miguel de los Santos Álvarez, Nicomedes Pastor Díaz, Patricio de la Escosura, Ros de Olano, Trueba, Gil y Carrasco, Martínez de la Rosa... en el siglo XIX, que perpetuaron una tradición que ha llegado hasta nuestros días de la mano de Rubén Darío, Neruda, Alfonso Reyes, Octavio Paz, Amado Nervo, y que despiertan en las últimas décadas el interés de la crítica más internacional. Un catálogo de escritores diplomáticos españoles e hispanoamericanos del siglo XIX puede verse en Manuel Adolfo Martínez Pujalte, *Diplomacia y literatura en España*, Madrid, OID, [1986].

imperialista con recursos económicos y militares precarios, que debilitan la defensa colonial ante los deseos anexionistas de las nuevas potencias internacionales y marginan su dubitativa política exterior, oscilante entre el «recogimiento» canovista y los deseos aperturistas de la política liberal, temerosa de alianzas que pudieran amenazarla, pero sin las cuales no podría defender sus dominios en América y Asia.

Este complejo panorama histórico enmarca la representación diplomática de Valera, que podríamos abordar desde múltiples facetas y desde los más variados, atractivos y tentadores contextos que ofrecen a su aristocrático *modus vivendi* su cautivadora personalidad y su vida fascinante, que supera en ingredientes legendarios a la de los grandes arquetipos del Romanticismo mitificados por las hagiografías de sus contemporáneos; pero nos limitaremos, en el breve espacio de esta conferencia, a tratar de lo que vio y de lo que vivió, de cómo plasmó como escritor y diplomático sus experiencias de actor y espectador de la política internacional; es, pues, en virtud de esta alianza diplomacia-literatura que basaremos nuestro estudio en su vastísima, aunque todavía hoy poco conocida, correspondencia oficial[2].

Según el expediente diplomático del novelista en el antiguo Ministerio de Estado, dividiremos su carrera diplomática en dos etapas estrechamente vinculadas, pero diferenciadas por la categoría administrativa, que conlleva, a partir de determinado grado, las responsabilidades política y comunicativa con el Ministerio y, por tanto, determina el grado de interés político y

---

[2] Ana Navarro, «Don Juan Valera en Viena. Expediente diplomático y Correspondencia política», *Cuadernos para Investigación de la Literatura Hispánica*, 14, 1991, pp.7-78; «La correspondencia diplomática de Valera desde Francfort, Lisboa, Washington y Bruselas, I», *Cuadernos para Investigación de la Literatura Hispánica*, 17, 1993, pp. 155-178; «II, Confederación Germánica», *Cuadernos para Investigación de la Literatura Hispánica*, 18, 1993, pp. 159-194; III, 19, 1994, pp. 127-205; «IV: Portugal», *Cuadernos para Investigación de la Literatura Hispánica*, 20, 1995, pp. 253-349; «V: Estados Unidos (1884-1886)», *Cuadernos para Investigación de la Literatura Hispánica*, 21, 1996, pp. 403-412; «VI: Estados Unidos (1884-1886)», *Cuadernos para Investigación de la Literatura Hispánica*, 22, 1997, pp. 182-206; «VII: Estados Unidos (1884-1886)», 15, 1999, pp.75-90; «VIII: Estados Unidos (1884-1886)», *Cuadernos para Investigación de la Literatura Hispánica*, 25, 2000, pp.211-238; «IX: Estados Unidos (1884-1886)», *Cuadernos para Investigación de la Literatura Hispánica*, 29, 2004, pp. 371-407; «X: Estados Unidos (1884-1886)», en prensa. Se han tenido presentes las colecciones inéditas de Bruselas y Viena, de próxima publicación.

literario: situaremos, pues, la primera etapa entre 1847 y 1858, y la segunda entre 1865 y 1895[3].

En la primera, que denominaremos de formación y fijación del estilo diplomático, Valera inicia una meteórica carrera en el Ministerio de Estado. En esta etapa, en la que apenas nos vamos a detener, el joven novelista se mueve entre la ambición, la indecisión y el desencanto, constantes de su compleja personalidad que dirigen, como tantos otros aspectos de su vida política o personal, sus vaivenes diplomáticos y son, paradójicamente, el motor de su rápido ascenso. Desde su primer nombramiento, como Agregado sin sueldo en Nápoles en 1847, hasta el cese provisional en 1858 como oficial tercero primero del Ministerio, sería nombrado, sucesivamente, Agregado en Lisboa (1850) y Brasil (1851), Secretario en Dresde (1854), y una vertiginosa escalada en el seno del Ministerio a su regreso a Madrid le permite ascender desde oficial sexto en 1855 hasta tercero primero entre 1856 y 1858, con el amplio paréntesis de la Misión Extraordinaria a Rusia (1856 y 1857), en la que participó como Secretario sin perder el cargo de oficial tercero primero. En estos años el joven Valera se forma como diplomático y toma conciencia, como agudo y sagaz observador que es, de las posibilidades de brillo y celebridad que ofrecen la redacción de despachos y las cuestiones internacionales para el diplomático inteligente.

Cuando Valera llegó a Nápoles, sus publicaciones se reducían a un tomito de poesías y algún artículo. Es en esta etapa de su carrera cuando las funciones propias de su cargo de agregado o secretario le exigen el ejercicio de la copia de despachos dictados por sus jefes. Así, pues, es tempranamente, bajo el magisterio del Duque de Rivas y de Alcalá Galiano, cuando cristaliza el estilo diplomático del novelista con todos los principios estilísticos que descansan también en su prosa extemporánea: finura, elegancia, claridad, equilibrio, buen gusto, etc.; es decir, cualidades renacentistas exigidas por los manuales diplomáticos desde el siglo XVI, que podrían explicar, en parte –sin olvidar su formación humanista–, el anacrónico clasicismo del novelista y la elegancia de su prosa dieciochesca. Quizá todavía no haya sido suficientemente ponderada la influencia del célebre *Manual diplomático*

---

[3] Para las fechas de toma de posesión y destinos hasta 1891, véase el certificado del Expediente diplomático de Valera, MAE, legajo 244, nº14123, en A. Navarro, 1991, pp.7-78. «Don Juan Valera en Viena...»

del francés Barón de Martens[4], adquirido por Valera en Marsella, camino de Nápoles, tratado emblemático de la cancillería francesa del siglo XVIII en el que se formaron muchos de los diplomáticos del XIX en un género, el despacho, cultivado con esmero por la diplomacia internacional.

Sin embargo, sabemos que el escritor fue muy crítico con la diplomacia y los diplomáticos de su tiempo, y no le gustaba la copia de despachos ajenos. Hasta 1865, fecha en que fue nombrado Ministro Plenipotenciario en Francfort, no le veremos plenamente identificado con el cultivo del género, una de sus principales tareas profesionales, que permitía alcanzar en otros tiempos, según afirmaba en *Impresiones de Viena*, el prestigio político y la gloria literaria. Valera lo cultivó feliz y febrilmente, entre la añoranza y el romanticismo, hasta su jubilación en 1895. Según nuestros datos, se registran alrededor de 2000 despachos en los periodos en los que fue representante de España, de los cuales, hasta el momento, hemos publicado o dado noticia desde 1985 de más de 450, y dos abundantes colecciones –Bruselas y Viena– verán en breve la luz en su totalidad. En estos escritos, auténticas memorias diplomáticas que forman en su conjunto una excelente crónica, un *corpus* documental, histórico, político, social, cultural, vital y literario de los países en los que Valera estuvo acreditado, centraremos el estudio de la segunda etapa de su vida diplomática: el comprendido entre 1865 y 1895, período que subdividiremos, a su vez, en el de madurez (1865-1888), que llevó a Valera a Francfort, Lisboa, Washington y Bruselas como Ministro Plenipotenciario; y el honorífico como embajador en el jardín dorado de la Viena fin de siglo, de cuyo estudio lamentablemente prescindiremos, ya que tuvimos ocasión de ocuparnos monográficamente en 1991[5].

## FRANCFORT

En los siete años que Valera estuvo cesante de la diplomacia (1858-1865), su participación en los círculos intelectuales fue fecunda como periodista

---

[4] Baron de Martens, *Manuel diplomatique ou précis des droits et des fonctions des Agents Diplomatiques; suivi d'un recueil d'actes et d'offices pour servir de guide aux personnes qui se destinent à la carrière politique*, Leipsic, F.A. Broockhaus, 1832. Véase Ana Navarro, 1993, p.156. «La correspondencia diplomática...»

[5] Un estudio general lo ofrece Julián García García en «Don Juan Valera, político y diplomático», *en Boletín de la real Academia de Córdoba*, 77 (136), 1999, pp. 153-165.

–fundador de *La Malva* o *La revista Ibérica*, colaborador de *El Cócora* o *El Contemporáneo*–, ensayista –*La revolución en Italia*, publicado en la *Crónica de Ambos Mundos*, *De la naturaleza y carácter de la novela*, los estudios sobre Campoamor o el *Quijote*– y los primeros tanteos narrativos con la inacabada *Mariquita y Antonio* que publicó en *El Contemporáneo* en 1861. Este mismo año ingresó en la Academia de la Lengua. Su reincorporación a la diplomacia como Ministro Plenipotenciario en Francfort en julio de 1865, se produce bajo el Gobierno de la Unión Liberal, con la subida de O'Donnell al poder en junio de ese mismo año.

Su acreditación cerca de la Dieta Germánica coincide con el auge del nacionalismo continental en el enmarañado proceso de unificación alemana, del que Valera se convertiría en espectador, actor y cronista de excepción. Su ministerio lo sitúa de lleno frente a la complicada maquinaria política de la Confederación germánica. Los Estados de la Dieta mantenían en la década de los 60 un complejo y delicado concierto, un juego de intereses políticos y económicos con raíces en el *Zollverein* creado en 1834. Estaban cohesionados bajo el sentimiento nacionalista fomentado intensamente desde las esferas intelectuales por los herederos del *Discurso de la nación alemana* de Fichte y de Heine, así como por los modelos políticos con los que especulaban los teóricos desde los medios universitarios. Todo esto fomentó el auge del *Nationalverein* y la tensa rivalidad entre Prusia y Austria por conseguir el liderazgo de la Confederación tras la guerra de los Ducados y el Convenio de Gastein, que había puesto en manos de Austria el ducado del Holstein y los de Schleswig y Laurenburg en las de Prusia.

El 20 de agosto de 1865 Valera tomó posesión de la Legación y dos días más tarde presentó sus credenciales al Barón de Kübeck, entonces Presidente de la Dieta, aunque la demora en su recepción oficial ante la constelación de cortes de la Confederación mantuvo al novelista en un largo compás de espera, que duraría hasta entrado enero de 1866. La recepción de los Duques de Nassau y del Elector de Cassel inspirarían bellísimas descripciones y divertidos relatos y anécdotas en sus textos oficiales, que consideró «poco dignas de la gravedad de estilo que debe tener un despacho». El Barón de Kübeck, Presidente de la Dieta, le obsequió con un gran banquete el 23 de enero. Inmediatamente se dirigió al primer Burgomaestre de la Ciudad Libre de Francfort –Sr. Gwinner– y a los Ministros de Negocios Extranjeros de Nassau y de Hesse Darmstadt en demanda de audiencia para presentar las

respectivas credenciales. Pero en septiembre todavía no había sido recibido por el Elector de Hesse que proseguía en el castillo de Philippsruhe, cerca de Hanau, ni había sido recibido en las cortes de Wiesbaden y Darmstadt. Hasta el 8 de octubre tendría que esperar para ser recibido por el Duque de Nassau en el castillo de Biebrich. En diciembre permaneció en Cassel invitado por el Elector. El obligado aislamiento, pues, de estos primeros meses no favorece la integración del escritor ni en la alta sociedad ni en el cuerpo diplomático, lo que dificulta un rápido inicio en los «misterios» de la política alemana y el no poder cumplir de inmediato con el principio básico de su misión: hacer partícipe a su Gobierno de aquellas noticias que «un diplomático medianamente hábil y celoso debe hacer llegar rápidamente para dar a conocer el estado del país donde se halla acreditado»[6]; y teme, además, no captar los «resortes que mueven su política y los fines a que aspiran los diversos Gobiernos y partidos, a ser harto superficial»[7]. Pero su aguda inteligencia le hace ser atento observador del entorno, y con sagacidad diplomática y claro escepticismo escucha las opiniones de sus colegas del cuerpo diplomático sobre las asociaciones proclives a la unidad, el *Nationalverein*, el *Reformverein* e intuye que «todo este movimiento, agitación y comercio de ideas no puede menos que parar al fin en algún resultado»[8]. Efectivamente, los graves asuntos del Schleswig–Holstein, la aceptación del Convenio de Gastein por los Estados de segundo orden o el aplauso de los demócratas prusianos a los planes políticos de Bismarck, al que se oponen Sajonia y Baviera, son temas, entre otros, entretejidos en la correspondencia oficial de estos meses, que se intensifica en paralelo a la enmarañada política de la Confederación hasta su disolución y muerte tras la *Guerra de las siete semanas* en agosto de 1866.

La polarización de poderes entre Austria y Prusia –a cuyo liderazgo se oponían inicialmente en el *Nationalverein* los estados del Sur de Alemania y de las ciudades hanseáticas frente a los representantes prusianos partidarios de la política del canciller Bismarck– abre una brecha que vemos agudizarse día tras día a través del reportaje político de Valera al compás de la lucha por la hegemonía de estos dos estados. El escritor no entiende el rechazo

---

[6] Ana Navarro, 1993, p. 168. «La correspondencia diplomática...»

[7] *Ibidem*, p. 186.

[8] *Ibidem*, p. 169.

prusiano al *Nationalverein* (Asociación Nacional) que fomentaba, como un «instrumento dócil de la ambición de Prusia» el caudillaje hacia una Alemania unida. Las presiones del Gobierno prusiano en los Ducados del Elba levantaban inicialmente la oposición de los demás Estados alemanes, que defendían los derechos del príncipe Federico de Augustemburgo, mientras los principios mantenidos por Enrique Ewald, profesor de Gottingen, sembraban la animadversión a través de la prensa contra los prusianos entre los liberales de los Ducados del Elba.

Por otro lado, la caída del *Nationalverein* propiciaba el nacimiento de un partido popular, el Volkspartei (Folks/ /partái), más democrático, de convergencia alemana, que prendía con fuerza en Wurtenberg, Baviera y Sajonia, pero en cuyo debate se enfrentaban posturas, no siempre homogéneas, sobre las preferencias hegemónicas: frente a los que defendían la supremacía prusiana se alzaban los defensores de la austriaca, la de aquellos que abogaban por la autonomía de los Estados o los partidarios de la unidad. Valera atribuía la lentitud de toda esta compleja política a la idiosincrasia del carácter alemán y al tratamiento sólido, pero poco dinámico, pausado y trascendental que dominaba el debate sobre los temas más diversos, sin que ello condujera a otros fines más arriesgados en el ámbito nacionalista. Sin embargo, la idea de la guerra planeaba y tomaba cuerpo día a día, era una posibilidad que Valera descartaba por impopular, pero que contemplaba y pronosticaba favorable a los objetivos unificadores del «gran arquitecto», Bismarck.

Fracasado un posible acuerdo diplomático para resolver las hostilidades entre Prusia y Austria, defendido por Sajonia, Baviera, Baden y Hannover, ambos Hesses, Ducado de Nassau y las ciudades libres de Francfort y Hamburgo, que se apoyaban en el artículo XI del pacto federal –según el cual se obliga a resolver los conflictos de los Estados confederados en el seno de la Dieta– [9], irremediablemente, y con gran sorpresa para nuestro diplomático, la guerra estallaba el 14 de junio de 1866.

Los prusianos se apoderaron de Hannover (Janófer) y Sajonia e invadieron Nassau y el Gran Ducado de Hesse. Hecho cautivo el Elector de

---

[9] Una movilización intelectual que arrastra la opinión pública contra el canciller prusiano provoca un estratégico giro en la política de éste al presentar una reforma federal con la que gana la oposición de la Alta Dieta y la aprobación de las Cámaras populares, demócratas y progresistas.

Cassel por el ejército prusiano, el príncipe Federico Guillermo solicitó el apoyo del cuerpo diplomático allí acreditado a través de su decano, el Ministro de Holanda en Francfort, Scherff y el Ministro de Gran Bretaña, Sir Malet. Valera fue convocado a figurar como Ministro de España en favor de la libertad del Elector a la reunión que se celebró el 23 de junio en presencia de Mayer, Ministro Elector de la Confederación Germánica, Scherff, Sir Alexander Malet, ministro de Wurtenberg, y el Barón Linden. Scherff y Malet no tenían, como nuestro diplomático, instrucciones de sus Gobiernos; y el Barón Linden y otros ministros no eran neutrales por pertenecer a la Confederación. Así Valera y los Ministros de Holanda e Inglaterra mantuvieron su neutralidad, postura refrendada, posteriormente, por el Gobierno español que dio órdenes al escritor de seguir a la Dieta, caso de que esta fuera, como lo fue, trasladada fuera de Francfort. A partir de este momento, los despachos del escritor se convierten en una pormenorizada, prolija y apasionada crónica de guerra.

Mientras se firmaba el armisticio, el temor a una ocupación de Francfort se hacía cada vez más verosímil. Ante el avance de las tropas prusianas, la Confederación y la Dieta disueltas, aunque legalmente existentes, se preparaban para trasladarse a Augsburgo. Valera fue invitado por el Barón de Kübeck a acompañarlas en el mismo tren el 14 de julio, invitación que el escritor declinó con la promesa de unirse al día siguiente. Efectivamente, el 15 de julio, sin instrucciones y tras haber dejado acreditado al Secretario de la Legación, Sr. Castellanos, parte con los Ministros de Francia, Gran Bretaña y Bélgica mientras Francfort era ocupada por los prusianos. Valera acompañó a la Dieta en su agonía y muerte, que consideró de hecho el 27 de julio con la firma del armisticio y los preliminares de paz, y dio por concluida su misión con la solicitud del cese en coincidencia con la caída de O'Donnell en 23 de julio de 1866 y la entrada de Narváez en el poder. No obstante, sería obligado por el Gobierno a permanecer en Francfort hasta la llegada de su sucesor, el Marqués de Remisa, el 12 de agosto[10]. El

[10] «Aquí me tiene Vd. desde mediados de este mes, ayudando a bien morir a la Alta Dieta Germánica. Dos o tres días ha se puede decir que la dicha Asamblea dio el último suspiro, en el mismo punto en que Austria firmó el armisticio y los preliminares de paz. Ahora nacerá aquí de todo esto un nuevo orden de cosas. Entretanto, mi misión puede considerarse como acabada. Todos los poderes cerca de los cuales me hallaba

novelista, desengañado con la política de la Unión Liberal, no lamentó la dimisión que consideró lo más conveniente para su dignidad moral y su «porvenir»[11], que, premonitoriamente llegó tras la Revolución de Septiembre de 1868 de la mano del Duque de la Torre y del Gobierno Provisional con el nombramiento de Subsecretario de Estado (1868), uno de los cargos más importantes de su carrera, que desempeñó hasta el 9 de noviembre de 1869 y cuya misión consistía en modificar el reglamento del cuerpo diplomático; pero sobre todo, su «porvenir» llegaría definitivamente con *Pepita Jiménez*[12].

## LISBOA

El 24 de marzo de 1881, tras el oscuro y largo paréntesis abierto desde 1869, Valera se reincorporó a la diplomacia con un nuevo cargo en Lisboa; el 31 acompañado del personal de la Legación presentó sus credenciales al rey Luis I en presencia de los ministros de la Corona y del Consejo de Estado, y días más tarde –el 4 de junio– visitó al rey don Fernando y al príncipe don Augusto.

Varios aspectos de la política portuguesa acapararían la atención de Valera a partir de ese momento desde la perspectiva diplomática, pero también desde su filosofía política; los temas principales de los informes, no muy abundantes en el periodo, como Valera reconoció ante las quejas del Minis-

---

acreditado, han perecido de mano airada y fusil de aguja. Mas, aunque no hubieran perecido, mi empleo se hubiera ido a pasear, merced al nuevo Ministerio. No bien supe que Narváez se entronizaba nuevamente, cuando hice dimisión. Aún no sé nada de oficio, pero me dicen en cartas que mi dimisión está ya aceptada.», Juan Valera, *Correspondencia* II, Madrid, Castalia, 2003, pp. 269-270.

[11] *Ibidem*, p. 267.

[12] En 1869 fue diputado en las Cortes Constituyentes por Montilla y tras un fracasado intento de ser diputado por Campillos (Málaga) consiguió la representación en las I Cortes de Amadeo de Saboya por San Cristóbal de la Laguna y en las III Senador por Córdoba (1872). En este período, su actividad política se ralentiza -diputado por Puerto Rico, senador por Málaga o por la Universidad de Salamanca (1877-1878) en las legislativas-. Sin embargo, el escritor se adentra en una etapa literariamente fecunda que le llevará a la tan ansiada fama con sus novelas: *Pepita Jiménez* (1874), *Las ilusiones del doctor Faustino* (1874-1875), *El comendador Mendoza* (1875-1877), *Pasarse de listo* (1877-1878) o *Doña Luz* (1878-1879). Véase Matilde Galera Sánchez, *Juan Valera, político*, Excma. Diputación Provincial de Córdoba - Ilmo. Ayuntamiento de Cabra, Córdoba, 1983; y Carmen Bravo Villasante, *Biografía de don Juan Valera*, Barcelona, Aedos, 1959.

terio en febrero de 1882, fueron la política interior y exterior, la expansión colonial en África y, especialmente, la intensificación de las relaciones entre España y Portugal, sobre las que mantuvo muy vivo el ideario iberista[13].

Su incorporación a la vida política de Portugal se produce en el momento de la dimisión del Gabinete progresista de Anselmo Braacamp, que pone fin a la crisis política ocasionada por la proposición de censura del jefe del partido regenerador, Fontes Pereira de Mello, y llevará al poder como Presidente del Consejo de Ministros y Secretario de Estado al regenerador Antonio Rodrigues Sampaio y a los seguidores del Duque de Ávila. Son años en los que la política del Gobierno regeneracionista y la derrota progresista produjeron el incremento del partido republicano y generaron la inquietud dinástica y el temor de la Corona.

En este período, la discusión sobre el fracasado tratado de Lorenzo Marques, redactado por el anglófilo Andrade Corvo, cuyo fin era dar próspero impulso a las colonias portuguesas en África merced del favor de Inglaterra, da ocasión a Valera para introducir tempranamente en sus despachos sus interpretaciones iberistas y el análisis de la anglofilia portuguesa. Los comentarios de Valera despertaron inmediatamente el interés político del Gobierno y, en despacho reservado, se le pidió que estuviera atento al pensamiento de política exterior de los hombres de Estado portugueses. La animadversión a España era evidente: «Aquí apenas hay ánimo –responde Valera– sino para hablar de Autonomía con respecto a España, ni otra política entre los hombres que más valen, sino la de conservar y estrechar la alianza con Inglaterra»[14]. Qué lejos su postura de aquel entusiasta idealismo patriótico de sus años de Secretario (1850-1851) en los que veía abonado el terreno en la sociedad portuguesa para la unión, posible –decía entonces– si tuviese España siempre allí «un ministro algo intrigante, enemigo de la política sentimental y dotado de cierto garabato y gracejo»[15], ilusa propuesta para un cargo que definiría 30 años más tarde como su «cómodo y estéril oficio»[16] .

---

[13] Sobre el tema del iberismo véase a José Manuel Cuenca Toribio, «Don Juan Valera iberista», *Actas de Primer Congreso internacional sobre don Juan Valera*, Ilmo. Ayuntamiento de Cabra, 1997, pp. 95-106.

[14] Ana Navarro, 1995, p. 263. «La correspondencia diplomática...»

[15] Juan Valera, *Correspondencia* I, Madrid, Castalia, 2002, p. 145.

[16] Juan Valera, Correspondencia III, Madrid, Castalia, 2004, p. 356.

A pesar de la progresión del ideal iberista que Valera observa entre los republicanos, contrarios a Inglaterra, la inclinación mostrada a este país por los regeneracionistas y los recelos contra España de escritores tan respetados como Teófilo Braga, que sacude la conciencia nacionalista de los portugueses e intensifica la lealtad dinástica en su obra *Disolución del sistema monárquico constitucional*; de la prensa –sobre todo del *Diario Ilustrado* y de la que cree ver en el centenario de Calderón los intereses iberistas de España–, despiertan el desencanto de Valera y el escepticismo que le lleva a frenar y a aconsejar, prudentemente, ante los recelos portugueses, cautelosas directrices para la política anexionista del Gobierno español: «la realización del iberismo –afirmaba– no nos conviene por ahora, nos traería empeños muy superiores a los recursos que tenemos, a no contraer nosotros poderosas alianzas»[17].

Uno de los momentos de máxima tensión política en las relaciones de este período entre España y Portugal se produce con motivo de la visita a Cáceres en octubre de 1881 de la casa reinante portuguesa con motivo de la inauguración del ferrocarril del Tajo y la entrevista celebrada en la capital española entre ambos Soberanos. Invitado por el ministro Hintze Ribeiro, Valera acompañó al rey de Portugal. Pero la interpretación dada por la prensa española del discurso que pronunció allí Luis I, levantó entre los portugueses nuevos recelos bajo la fuerte presión ejercida por el *Diario Popular*, que hizo

---

[17] «En este odio a la dinastía, en este temor constante de que la dinastía siga vendiendo todo para conservarse, y en este pensamiento de que Portugal debe conservar lo que le queda de Ultramar, si ha de ser Nación, se funde el iberismo portugués en todos sus grados y matices, ya sea republicano, ya sea monárquico. Quieren, y no pocos se atreven a confesarlo, la unión ibérica; pero la unión con una España que les preste bríos y medios para conservar las colonias y para que prosperen.[...] Creo, pues, que por interés solo, y prescindiendo del afecto y respeto que a la dinastía de Braganza podamos profesar, no debemos desear ni mucho menos facilitar su caída influyendo para que los sucesos se precipiten; pero tampoco está bien que, por contradicción contra los ibéricos portugueses, se fomente aquí de continuo el odio a los españoles. Esto es lo que me parece que debemos evitar; esto es lo que yo procuro por mi parte y hasta donde alcanzo», Ana Navarro, 1995, p. 282. Otros temas en los que Valera intervino como diplomático en estas fechas y que ofrecen nutrido fondo a su representación oficial son la entrada en Lisboa de la Escuadra de Instrucción española, el Convenio de propiedad intelectual, la fundación de una escuela para la colonia española, la creación de los periódicos republicanos *El gallego* y *Dos Naciones* y un tema de interés político-eclesiástico que da pie a larguísimos despachos en 1882: el conflicto entre el Nuncio y el ministro de Justicia portugués que había colocado a un apóstata cerca de la Nunciatura.

de «Cáceres» una preocupación dolorosa para la identidad portuguesa, y condicionó las relaciones exteriores entre España y Portugal en el juego de fuerzas unionistas al acentuar el espíritu nacionalista portugués. No obstante, la voluntad de estrechar las relaciones entre las casas reinantes persiste en el espíritu de Valera, quien intentó convencer al Gobierno, ante las dudas y resistencia del Rey Alfonso a corresponder a la invitación de la casa de Braga a la *Exposición de Arte ornamental* de Lisboa en enero de 1882, de la conveniencia de la representación dinástica de España en la inauguración, para la que ya que estaban anunciadas las visitas del Emperador de Brasil y del Príncipe de Gales.

Es en este periodo, entre la entrevista de Cáceres y la visita a Lisboa de don Alfonso y doña María Cristina –entre octubre de 1881 y enero de 1882–, cuando la prensa portuguesa hizo público un posible enlace del Príncipe heredero de Portugal, hijo mayor de la reina María Pía y del rey don Luis I con la infanta doña Eulalia –«punto delicadísimo», como lo calificaría Valera en su despacho 253 de 5 de noviembre de 1881, el «gran negocio» del que hablaba en su correspondencia privada–[18], que Valera preparó secretamente con la reina Isabel a través de su hermana Sofía y del que dio pormenorizada cuenta doña Matilde Galera en las *Actas del I Congreso*[19].

Otro de los grandes temas que acaparó la atención político–literaria de nuestro diplomático en 1882 fue el expansionismo colonial portugués en el reparto de África y la defensa de derechos históricos sobre una parte de la cuenca del río Congo, frenada por la crisis económica lusa, la presión de la política belga, los intereses de los comerciantes británicos y holandeses y el falso apoyo de su aliada, Gran Bretaña: un gran error político a los ojos de Valera, reconocido como tal posteriormente por la Historia, causado por la ciega anglofilia portuguesa, que concedió a Gran Bretaña el dominio de aquellas regiones mientras ésta aparentaba proteger a Portugal. Aproximadamente una decena de despachos sirven a nuestro escritor para analizar el avance de la política colonial hacia la *Conferencia sobre África* del Congreso de Berlín de 1885.

---

[18] Juan Valera, 2004, p.359.

[19] Véase *Actas del Primer Congreso Internacional sobre don Juan Valera*, Ilmo. Ayuntamiento de Cabra, 1997, pp. 66-67, y Cyrus DeCoster, «Valera y Portugal», *Arbor*, XXXIII, 1956, pp. 398-410.

Tras el desgraciado episodio de las votaciones de la Compañía del ferrocarril de la que el novelista era Consejero, la representación de Valera en Lisboa terminaba el 31 de julio de 1883 y el 20 de enero de 1884 tomaba posesión de su nuevo cargo en la legación de Washington.

## WASHINGTON[20]

Su llegada se produce en el periodo comprendido entre la primera guerra de la independencia cubana –la Guerra de los diez años que concluyó con el pacto de Zanjón (1868–1878)– y el Desastre de 1898, es decir en el turbulento periodo de la «Guerra chiquita», en coincidencia con la decadencia del imperialismo colonial español y el auge expansionista del imperialismo americano. El Gobierno español, consciente de la delicada situación, dio severas órdenes al diplomático. Así, en el pliego de instrucciones de actuación política se resaltaban la importancia del cargo y la gravedad de los asuntos que el diplomático tendría que tratar, y se señalaban para su misión los objetivos siguientes:

I.–Orden político:

a.– Mantenimiento de unas cordiales relaciones con el Gobierno de la Unión y fuerzas políticas y sociales americanas que pudieran contribuir a estrechar la vigilancia de Cuba y Puerto Rico.

b.– Vigilancia exquisita de los conspiradores revolucionarios.

c.– Mantenimiento de unas eficaces relaciones comunicativas con el Ministerio de Estado español y los Gobernadores de Cuba y Puerto Rico.

d.– Reclamación al Gobierno de la Unión por los perjuicios ocasionados a súbditos españoles durante la guerra de Secesión y del cumplimiento del tratado de 1819 para el arreglo de la deuda de la Florida.

---

[20] Sobre este período, véase Cyrus C. DeCoster, «Valera en Washington», *Arbor*, XXVII, 1954, pp. 215-223; Juan Manuel Vilaplana Montes, «Juan Valera y la guerra Hispano-cubana», *Anuario de Estudios Americanos*, 34, 1977, pp. 589-605; Matilde Galera Sánchez, «La gestión diplomática de Valera en Washington: Centroamérica y la cuestión de Cuba», *Boletín de la Real Academia de Córdoba de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes*, 64 (125), 1993, pp. 143-159.

II.– En el marco de las relaciones comerciales:

e.– Elaboración de un Tratado para las Antillas españolas, entre Cuba, Puerto Rico y los Estados Unidos.

Acorde con las consignas recibidas, la actuación de Valera se recoge tanto en su correspondencia privada como en la extensa colección de textos oficiales que registra, atendiendo al número de los emitidos desde la Legación en este período, 588 despachos, de los que hemos recogido y dado noticia de 252 en los últimos años, así como de una abundante correspondencia anexa que hemos publicado como documentación complementaria, compuesta por numerosas cartas personales y despachos a los cónsules y al Gobierno de los Estados Unidos.

No fue nada fácil ni agradable la representación de Valera en Washington, a pesar de que sus cartas ofrezcan un contraste entre la vida oficial y su vida personal. Nada más llegar, se dio cuenta de los objetivos reales de su misión: «hacer de policía, [...] delatar conspiradores cubanos, [...] pedir que los prendan y [...] hacer otras reclamaciones»[21]. Resultaba un atentado deplorable para la dignidad de España, la ruinosa situación económica que encontró en la legación a su llegada, heredada de unos antecesores que amparados en la defensa de Cuba la habían dejado en situación deficitaria por las deudas contraídas con espías, detectives, prensa, falsos delatores que intentaban conspiraciones y expediciones para luego lucrarse con la denuncia, etc., gastos que Valera sospechó inicialmente fingidos en su mayor parte y que deberían evitarse, en su opinión, sin perjuicio del riesgo de perder Cuba y en pro de una imagen digna de España en los Estados Unidos. El novelista, al principio, en 1884, aplicó una severa política económica, –tal vez impulsado por el suicidio de su antecesor, Barca, que Valera atribuyó a la deuda de seis millones de reales de vellón, que finalmente el Gobierno no pagó[22]–; así, denegó la mayoría de las constantes demandas poco fiables

---

[21] Juan Valera, *Cartas íntimas*, Madrid, Taurus, 1974, p. 201.

[22] «Te diré secretísimamente que Barca no se hubiera suicidado -dice en Juan Valera, *Cartas a su mujer*, Excma. Diputación, Córdoba, Ilustrísimo Ayuntamiento de Cabra, 1989, p. 121- si Vega de Armijo cumple el compromiso en que Barca se metió, pidiéndole una gratificación para ciertos penitentes de la comisión de reclamaciones [...] Yo me propongo y espero conducirme con honradez, y aunque haya algo de que aprovecharme de modo ilícito no me aprovecharé de nada». Sobre este aspecto véase Juan Valera, 1974, pp. 207-208 y 238-239; «A medida que voy conociendo más el país

de espías, detectives o delatores, y fue muy cauto con las propuestas de los cónsules con el fin de no sobrepasar el limitado presupuesto de vigilancia; sin embargo, tuvo que modificar este criterio con la llegada de los generales revolucionarios Máximo Gómez y Antonio Maceo, y el recrudecimiento en 1884 de las actividades de los insurrectos.

Efectivamente, el «ladronicio» al que Valera aludía familiarmente, no solamente se circunscribía al ámbito revolucionario, sino que se ampliaba a una amplia constelación de frentes a los que también la representación española debía poner freno: la prensa, a través de intermediarios, exigía tributos a los que Valera se negaba con la argumentación de que «es tribunal y magisterio, y que sus fallos y enseñanzas no deben ser torcidos ni corrompidos por interés alguno»[23]. La corrupción era tal que incluía a los propios funcionarios: «no podemos hacernos cómplices –dice Valera– de funcionarios que estando pagados por sus Gobiernos, vendan servicios que tienen obligación de prestar»[24].

La fuga en Cayo Hueso del conspirador Agüero y las sospechas de nuevas expediciones a Cuba que llegan desde distintos puntos de la Unión –Nueva York, Savannah, Cayo Hueso, Nueva Orleans y Baltimore–, la compra sospechosa del barco de vapor Crawford, la venta de armas y la confección de bombas destinadas a Cuba, generan situaciones de gran tensión y alerta que crecen cuando el cónsul Bermudez, de Cayo Hueso, es amenazado de muerte. Todo ello obliga a Valera a actuar con diligencia ante el Gobernador de Cuba y el Secretario de Estado, del que consigue el compromiso para «castigar cualquier violación de la ley de la que España tenga que quejarse»

---

me convenzo de que es menester ir suprimiendo los gastos permanentes de vigilancia porque no sirven más que para crear alarma y para hacer creer [...] que en Cuba nadie quiere a España, que el régimen español es insoportable y que el país entero desea de que de allí nos expulsen. Ese continuo hablar de expediciones, dinamita, filibusteros y conspiradores separatistas aviva la codicia de los que aquí desean adquirir a Cuba, por compra o por conquista [...] Si usted me autoriza a ello -escribe el Ministro de Estado- escogiendo la ocasión y con la debida prudencia, iré haciendo economías en los gastos de vigilancia y procuraré desbaratar esa especie de *oficina de alarma* que hay en Nueva York y Cayo Hueso.», Ana Navarro, 2000, p. 230. «La correspondencia diplomática...»

[23] Ana Navarro, 1997, p. 186. Anejo al despacho nº. 83. «La correspondencia diplomática...»

[24] *Ibidem*, p. 195.

y no cesa en sus reclamaciones de vigilancia y punición de los funcionarios corruptos y contrarios a los intereses de España[25]. Consecuencia de esta negociación es el golpe dado en Cayo Hueso con la detención de Federico Gil Marrero, Secretario del Comité Nihilista de Cuba, jefe de los nihilistas ubiquitarios, que debía embarcar una gran cantidad de dinamita para Cuba. También Rubiera, director del periódico filibustero *El separatista*, es arrestado por un espía del Consulado de Nueva York acusado de enviar explosivos a la Isla, y las autoridades del Distrito de Nueva York y el Secretario de Estado dan seguridades a Valera ante la organización de las expediciones de Varona a Cuba. El Gobierno de Estados Unidos «procura cumplir sus deberes de lealtad internacional» afirmaba[26], satisfecho con las autoridades federales de Cayo Hueso y del Fiscal del Distrito de Nueva York, y reconoce en el triunfo diplomático de sus gestiones la buena voluntad del Gobierno. No obstante, el posterior fallo de la Autoridad judicial contra Marrero y contra Emilio Díaz (ocho meses de cárcel), organizador de la expedición Agüero, le parecerá una interpretación benévola de la ley penal[27].

La llegada de Maceo y de Máximo Gómez, jefe de la revolución cubana y principal dirigente de los insurrectos, a Nueva York y a Nueva Orleans, así como la amenaza de una voladura en La Habana generan de nuevo tensión y movilización diplomática. Esta vez, sin embargo, las conversaciones de Valera con el Gobierno americano desvelan la verdadera actitud de este, la «lenidad e indulgencia indignas con que miran las infamias de que he hablado»[28] –dirá desengañado en esta ocasión– y, en consecuencia, propone al Gobierno español que ponga el hecho en conocimiento del Gobierno británico, amenazado también por los dinamiteros. Es interesante, en este punto, observar cómo se perfilan y afianzan las directrices de política aliancista internacional de Valera, que propone reiteradamente la necesidad de conseguir el apoyo de Inglaterra «a costa de sacrificios, si fueren necesarios, y aun prometiendo secundar cualquier empresa o empeño en dicha gran nación. Yo entiendo –explica– que aislados de Europa y sin estar en estrecha alianza con una Gran Potencia marítima –dice–, nos ha de ser difícil a la larga, conservar Cuba aunque se adopten allí medidas económicas

---

[25] Ana Navarro, 2000, p. 223.
[26] Ana Navarro, 2004, p. 373.
[27] *Ibidem*, p. 391.
[28] *Ibidem*, p. 399.

salvadoras, se mejore la administración y renazca la pasada prosperidad»[29]. Volveremos sobre este punto.

En estrecha relación con el estado de permanente alarma, están las especulaciones sobre la venta de Cuba en la prensa y en las altas esferas políticas. Las propuestas de los candidatos al nuevo Gobierno, del republicano Blaine y del juez demócrata Field resultaban para Valera intimidatorias. España debe ceder Cuba a cambio de apoyo para sus proyectos sobre Portugal, Marruecos y Gibraltar[30], en caso contrario la amenaza era de guerra. El periódico *Star* publicó que España pensaba vender Cuba a los mejicanos a través de Foster, el embajador americano en Madrid y los periódicos de La Habana y Nueva York aseguraban que el Gobierno español había enviado a Cuba cinco comisionados para tasar la Isla e implicaban a Valera en una posible venta a Alemania[31]: «Todo nace –afirma indignado– de la vanidad, soberbia y codicia de los yankees, que desean a Cuba» y propone: «el más pronto y eficaz remedio sería el tratado de reciprocidad comercial entre Cuba y estos Estados»[32].

La política favorable a un *Zollverein* americano entre las quince repúblicas españolas, Brasil, Canadá y las posesiones inglesas fomentó la elaboración de tratados. Sin embargo, el de reciprocidad para Cuba y Puerto Rico elaborado por Foster no tuvo éxito o, mejor, no interesaba, como demostrarían posteriormente los hechos, a la incipiente política expansionista americana[33].

---

[29] Ibidem, p. 389.

[30] Ana Navarro, 2000, p. 224.

[31] La cifra que anunciaban los periódicos para la compra de Cuba era de 500 millones de dólares, suma, dice Valera «que es inferior a lo que importa en siete u ocho años a estos Estados, de los productos cubanos [...] Dice o piensa por último Blaine, o al menos lo suponen los que toman por él la palabra, que si España se resiste a venderla Isla, buscarán pretexto para declararnos la guerra y se apoderarán de ella por la violencia», *Ibidem*, p.228. Por otra parte, los periódicos de La Habana aseguraban –según Valera– que el Gobernador General de Cuba se disponía a enviar a Nueva York uno de los cinco comisionados llegados allí de Madrid, el cual debía recoger importante documentación de la legación de Washington e informes sobre la venta de Cuba, en Ana Navarro, 2004, p. 371. Otros periódicos de Nueva York afirman que Valera con uno de los cinco comisionados que el Gobierno mandó a Cuba para tasarla, se había puesto de acuerdo para ceder Cuba a Alemania por una cantidad que se haría efectiva en 25 años.

[32] Ana Navarro, 2004, p. 383.

[33] «Años más tarde –afirmaba el profesor DeCoster– Valera citó este incidente como prueba de que los Estados Unidos no buscaban el verdadero interés de Cuba», C. DeCoster, 1954, p. 155.

Tras ser modificado por Valera en un Tratado supletorio, fue retirado del Senado por Cleveland con gran disgusto para el escritor que vio, incluso, peligrar su representación diplomática. Valera observó diferencias, no obstante, entre la posición más favorable a los intereses de España del Gobierno de Alan Arthur –que contribuyó al éxito de su gestión en 1884 y al cese de las insurrecciones durante varios años– y la actitud del demócrata Cleveland bajo cuyo mandato se intensificó la política monrroísta, tan poco favorable para nuestros intereses en las Antillas.

Cuando Valera cesa en su cargo en enero de 1886, el porvenir colonial de España está amenazado de muerte, y, aunque algunos de sus consejos, especialmente el del acercamiento a Inglaterra, configuraron una reorientación política perceptible en las instrucciones dadas a su sucesor en el cargo, para el novelista el futuro de España está en la «estabilidad de los Gobiernos y en una política firme y segura», independiente de las fluctuaciones de su política interna, que en el ámbito exterior debía prescindir de actuaciones diplomáticas individuales y mantener directrices coherentes con la posición de España en el ámbito internacional. En los despachos de este período asistimos al proceso de definición de los principios de política externa que defenderá Valera claramente en Bruselas.

Valera regresaba tristemente a Europa en abril de 1886. Si la guerra o el episodio de las votaciones del ferrocarril fueron amargos finales para sus anteriores misiones diplomáticas, su embajada americana se inicia y termina bajo la sombra de la muerte: el suicidio de su predecesor y el de Catalina Bayard, el fallecimiento de su amado hijo Carlos y el de Alfonso XII. Valera en silencio cruzará de nuevo el Atlántico, camino de Bruselas, y atravesará la imperceptible frontera entre la madurez y la senectud.

## BRUSELAS[34]

El 11 de mayo de 1886, esta vez acompañado por su hijo Luis, aspirante a Agregado, Valera tomaba posesión de su cargo en la legación belga, destino que consideró una salida «humillante» a su situación económica por la degradación salarial que suponía.

---

[34] Sobre este período, véase Louis Chalon, «Juan Valera y Ángel Ganivet: diplomáticos en Bélgica», *Actas del X Congreso de la Asociación de Hispanistas*, I-IV, Promociones y Pubs. Universitarias, 1992.

Tras presentar a los pocos días de su llegada sus credenciales en el palacio de Laeken al rey Leopoldo II y ser recibido en audiencia por los Condes de Flandes, se incorpora a sus tareas diplomáticas, que se inician, como en sus anteriores destinos, con el estudio político del país, esta vez una Bélgica próspera y rica que, bajo el impulso de Leopoldo II adquiere un gran auge económico merced al librecambismo, la industria, el comercio, la agricultura y el colonialismo.

En el orden político, el liberalismo de Valera no parece comulgar del todo con el partido gobernante, el católico, que en Bélgica respondía a la procedencia social de sus miembros; resultaba ominoso al novelista que «los partidos políticos –explica– no estén aquí solo divididos para la política; sino también al parecer al menos, por distinciones de casta y de comunión religiosa, apareciendo el partido que hoy domina como aristócrata, católico y el partido liberal como burgués que propende más o menos a la democracia y racionalista o descreído»[35].

La política que observa Valera a su llegada se centra en torno a las reformas sociales del partido católico gobernante, que despiertan la desconfianza de los socialistas y los recelos de los liberales. Valera consideró que el discurso del trono en la apertura de las Cámaras para la legislatura de 1886–1887 era «socialista en el sentido lato de la palabra»[36], le parece que va más allá de sus competencias, tal vez para poner freno a los avances y tentativas revolucionarias del Partido Obrero Belga en aquel «paraíso del capitalismo» como había llamado Marx a Bélgica, donde los salarios eran bajos y las jornadas laborales largas[37].

Con el trasfondo del nacimiento de la Academia de la Lengua Flamenca, la consolidación colonial del Congo[38] y la inquietud generada por la muerte

---

[35] Dº. 196 /1886, inédito.

[36] Dº. 197/1886 y Dº. 196/ 1886, inéditos.

[37] Dº. 134/1887, inédito.

[38] En relación con la política colonial, la correspondencia diplomática del período nos acerca al proceso de expansión del Congo, erigido en Estado independiente bajo la soberanía de Leopoldo II desde 1885, que en estas fechas fija la organización político-administrativa, los acuerdos de la sociedad de Ingenieros e Industriales, el desarrollo de la infraestructura de las comunicaciones entre el Alto Congo y el mar, y la explotación mediante el establecimiento de líneas de navegación y de ferrocarril, Despachos 181/1886 y 89/1887, inéditos.

del sultán de Marruecos, la amenaza carlista en España y las relaciones entre Francia y Alemania despertaron de nuevo la tensión diplomática, que ofrece especial interés para nuestro estudio por desvelarnos, como veremos en los diálogos oficiales de Valera, su pensamiento de política exterior y su visión de España en el concierto internacional.

El nacimiento de Alfonso XIII el 17 de mayo de 1886 despertó la reacción de Carlos de Borbón y las consiguientes intrigas y recelos de una posible intervención carlista. En junio de 1886, Valera recibió un telegrama en el que se anunciaba la salida de don Carlos de Padua y el Cónsul de España en Amberes comunicaba a nuestro diplomático días más tarde que un agente de don Carlos pretendía comprar armas para los partidarios del Príncipe. Rápidamente, como hiciera en Estados Unidos, Valera inició con gran diligencia y celo las gestiones necesarias para obtener del Gobierno belga la intensificación de la vigilancia y el compromiso de impedir cualquier gestión atentatoria contra España. El escritor no desperdició ocasión para cumplir con sus objetivos ante los rumores, pronto desmentidos por *L'Independence belge* de Amberes y la prensa francesa, que los consideraron una maniobra bursátil. No obstante, Valera, ya experto diplomático, no bajó la guardia. Un nuevo telegrama del Embajador en París comunicaba la celebración de una reunión en Bruselas entre Cavero, Ceballos y Don Carlos, pero pronto el tema se diluye sin desenlace en la correspondencia oficial, entre las promesas de vigilancia y el escepticismo de un Valera nuevamente desengañado ante la imprecisión de las seguridades ofrecidas por el Gobierno.

En el ámbito de la política internacional, el equilibrio de paz en el frágil concierto europeo se vio amenazado hacia 1887, cuando las tensiones en la relación franco–prusiana y la carrera armamentística de las dos potencias alertaron a Europa: los deseos de revancha franceses tras la humillante derrota alemana crearon un clima de tensión internacional al temerse un nuevo conflicto bélico. Valera, a ruegos del Ministro de Estado en 1887, analiza la grave situación y responde con una lúcida y sincera declaración de principios de política exterior, que podría haber determinado los deseos aperturistas de la política internacional liberal del período y tal vez el nombramiento de su nuevo cargo de Consejero de Estado en 1888. Las palabras del diplomático, síntesis de la magnitud de su pensamiento, ponen fin a esta etapa que hemos denominado de madurez diplomática; en ellas confluyen los temas hasta aquí tratados –iberismo, política aliancista,

objetivos unidireccionales de la política española, etc.– y son un auténtico ideario, no exento de escepticismo, que nos invita a la reflexión al dibujar numerosos interrogantes sobre los objetivos de la política exterior de España en el siglo XIX, sobre sus directrices y sobre la verdadera existencia de la diplomacia española. Veamos lo que responde Valera en este texto, que creemos inédito, a las consultas de Segismundo Moret sobre la posición de Bélgica ante las amenazas de una nueva guerra entre Francia y Alemania:

(Noticias políticas)

Ayer recibí el Despacho circular de V. E nº 16 fecha 5 del presente, de cuyo contenido procuré enterarme leyéndole con toda atención y cuidado.

Las circunstancias son graves, en efecto, en Europa, y comprendo que V.E. excite a los Representantes de España en las capitales extranjeras a estar siempre a la mira, y a enterarse, si pueden de cuantos propósitos y designios formen los Gobiernos, cuando por su índole sigilosa no se divulguen en los periódicos.

Harto sabe V.E. que esta pequeña Nación pesa poco en la balanza de los destinos de Europa. Su rey, que es prudente y avisado, me parece que lo comprende así, y su Gobierno lo mismo. Tal vez los lazos del parentesco en la Familia Real y el espíritu conservador y aristocrático del partido dominante los mueven a inclinarse hacia Alemania: pero esta inclinación ha de ser estéril. Si aquí tienen algún propósito es el de hacer respetar su neutralidad amenazando con ponerse del lado de aquel que la respete, y de ir en contra de aquel que la viole si sobreviene nueva contienda entre Alemania y Francia.

Los armamentos, fortificaciones, y demás preparativos, que se ordenan y se hacen no llevan otro fin. Y aun así puede dudarse de que sean espontáneos, y puede sospecharse, que es un punto menos que forzada por Alemania sobre todo. No pocas personas, que deben saberlo, me aseguran que Bismark amonesta y excita a Bélgica a que tome la actitud que toma, inculcándole que las Potencias que garantizaron su neutralidad no lo hicieron para su exclusivo provecho, sino para el de todos los otros pueblos, y que esto no se logra si Bélgica no se pone en estado de sostener esa neutralidad con poder de bastante peso para arredrar a quien quiera romperla por el recelo de que le caiga encima.

España, aunque Nación también de segundo orden, por su historia, por su posición geográfica y por la condición y carácter de sus naturales, importa mucho más que Bélgica en toda cuestión general que se suscite. Esto lo saben de sobra en todas partes; y en todas partes, a mi ver, tienen aún mejor opinión de nosotros que nosotros

mismos. En mi sentir, es indudable que si acertásemos a convencer a las gentes de que la época de los pronunciamientos militares había pasado entre nosotros, tal como está España en el día, sin más fuerzas de mar y tierra y sin más recursos en su tesoro, sería mucho más atendida y estimada que Italia: su alianza más solicitada y pagada, y su enemistad más temida.

Dice V.E. en el Despacho a que contesto algo tan interesante, que no puedo dejar de hablar de ello con la franqueza que me es propia. Dice V.E. que es *por todo extremo equivocada* la idea de que España no tiene política internacional y de que debe permanecer indiferente a los conflictos europeos: y añade V.E. que es preciso combatir sin descanso esta idea para que no nos enerve y debilite.

Por más que mi pobre e insignificante aprobación no valga para lisonjear y animar a nadie, no acierto a callármela y la doy y consigno aquí de todas veras: pero declaro al mismo tiempo que no por culpa de éste o de aquel otro Gobierno, sino de los efímeros, instables y combatidos que son o suelen estar todos en nuestro país, la tal política internacional de España no se ha percibido muy bien hasta ahora, ni se ve la persistencia en su propósito conservada por tradición y pasando de uno a otro Gobierno, de los que por desgracia tan rápidamente se suceden.

De aquí que los que servimos en la diplomacia, no hayamos tenido una política internacional o hayamos abrigado el recelo de que si la tenemos, si tenemos alguna, sea mero concepto individual mas o menos atinado, pero que tal vez no concuerde con las aspiraciones de la Nación o con los medios de que piensa valerse el Gobierno para realizarla. Es evidente que todo pueblo, como todo individuo, lo primero que se propone es no perder y después ganar. Todos queremos conservación, y, además auge.

España, soñando siempre con sus grandezas pasadas, aun en los días de su mayor postración y abatimiento, no quiere perder un palmo de terreno, ni en América, ni en África, ni en las Islas del mar Pacífico por donde se dilata aún su dominio, haciendo de ella la primera nación colonial después de la Gran Bretaña.

Si tanto clamamos cuando quiso Alemania arrebatarnos las Carolinas, si con tanto celo reivindicamos, tiempos ha, a Fernando Poo y las otras islas cercanas a la desembocadura del Níger, más celosos y más briosos es de esperar que nos mostremos, si, dado el caso de un sangriento conflicto general en Europa, pretendiese alguien ocupar temporalmente o permanentemente las Islas Canarias o las Islas Baleares.

Para defender todo esto, para conservarnos íntegros, si llega a haber guerra general, nos conviene no quedar aislados: necesitamos apoyo y alianza, porque el apoyo no se mendiga sino se compra.

Y si solo para conservar necesitamos apoyo y no permanecer indiferentes, ¿cómo no hemos de necesitarle para los aumentos con que todo español sueña, y para lograr los planes que todo español se forja, y que la misma naturaleza de las cosas, aunque no fuésemos ambiciosos nos impondría casi como condición de asistencia y como requisito de nuestro ser?

En el despacho, que me lleva a escribir hoy a V.E. declara que para España es cuestión vital que el Imperio de Marruecos siga siendo lo que es: que no se modifique y que nadie le invada y descalabre sin que nosotros lo permitamos y tomemos parte o todo de aquello que dicho Imperio pierda. A más de esto, que no es ambición sino necesidad, España por las Islas que posee junto a la costa occidental del gran continente negro, por su historia y por su constante aspiración, está llamada más aún que las otras naciones de Europa, a llevar la civilización al centro de dicho continente, en unión para esto con los portugueses.

Otra aspiración española es la de adquirir cada vez más influjo, predominio y valer en el Reino vecino que forma parte de la Península, y que nos completa.

Y por último, como España no puede prescindir de que descubrió y colonizó casi toda América, donde, salvo los Estados Unidos, la raza dominante es la española: donde el lazo de unión para las repúblicas, que fueron nuestras colonias, es el habla, la cultura y el reconocimiento del españolismo, tenemos una tercera aspiración o mejor diré misión que no nos es lícito desatender a no renegar de nuestra propia casta: estamos llamados a ejercer en la América española, salvo siempre la independencia o autonomía de las Repúblicas una hegemonía cada vez más marcada, y a la cual, lejos de repugnarla, se prestan y nos convidan de continuo y de mil maneras todas las naciones nuevas que salieron del seno de nuestra nación en el primer tercio de este siglo.

Yo creo, Exmo. señor, que por prudente, por circunspecto, por enemigo de buscar aventuras que sea en España un Gobierno no es posible que se tape los oídos y se haga el sordo a todas las voces y a todos los llamamientos que le solicitan y que aguijonean y solevantan su ambición. Buscando las seguridades en la indiferencia, nos expondremos cada vez más al menosprecio y a caer en la más nula insignificancia.

Quiero, pues, creer, y creo con muchísimo gusto, como V.E. me amonesta, que España tiene política internacional y que no es ni puede ser otra que la que yo imagino. Para mí entre todas las Potencias de Europa la que, si la servimos, podrá destruir todo obstáculo a nuestro influjo en Portugal es Inglaterra; la que si estamos con ella en cualquier empresa grande nos valdrá en América, hasta contra su propia hija, la Unión, es Inglaterra; y la que nos abrirá el estrecho, si es nuestra amiga,

y dado que tengamos de nuevo que ir a Tetuán, o Tánger o más allá es Inglaterra también. Claro está que las circunstancias se sobreponen a menudo a la voluntad humana, y no hay en ciertos casos previsión que valga contra su fuerza incontrastable. Bien pudiera ocurrir por lo tanto, que, en el caso de guerra general, España se encontrase empeñada en contra de los ingleses, y aun esto con ventaja, porque los ingleses no son ni infalibles ni invencibles y bien pueden equivocarse y aun ser vencidos: pero hasta donde es lícito conjeturar y columbrar el porvenir me parece más seguro estar con ellos esforzándonos para que en el contrato de *do ut des* no quedemos burlados y para sacar en pago de cualquiera obra nuestra el más alto precio que se pueda sacar: De no tener plena certidumbre de la ganancia, después de la lucha, vale más quedar inerte; pero, bien se entiende que España, si ocurriese un conflicto europeo, debe poner precio hasta a su inercia, pactando acerca de ello, más o menos abiertamente en la forma que se adopte, con las Potencias beligerantes. En mi sentir confiado, como estoy en el sino de mi Gobierno, y presupuestas la habilidad y discreción de sus Representantes cerca de las Potencias más grandes, hasta el quedarnos neutrales debe valernos algo, si casi toda Europa se conmueve y no hay fuerza, a no ser muy despreciable, que no importe muchísimo ya sumada de un lado, ya sumada de otro.

Aunque expuesto sin orden y tal vez por estilo confuso, este es el gran concepto que yo me formo de nuestra política internacional, alegrándome de que el Gobierno de S.M. piense así, por lo que entreveo, pues en negocios tan delicados y arduos no puede ni debe un Gobierno ser más claro en Despachos circulares. Y no me cabe la menor duda, conociendo como conozco la actividad de V.E. y su clara comprensión y circunstanciada noticia de cuanto ocurre en el mundo, de que será firme en sus planes y de que los tiene bien trazados. Lo único que hay que desear es que la divergencia de opiniones en nuestros partidos sea solo en la política interior y que todos estén de acuerdo en seguir con tenacidad y constancia la política internacional, siempre la misma, que el patriotismo debe inspirarnos[39].

Y después de esta declaración de principios, y ya para concluir este repaso por la historia que vio y que vivió Valera, afirmaremos, atendiendo a las funciones del diplomático tradicionalmente aceptadas y al margen de opiniones partidistas de sus contemporáneos (Villaurrutia, Foster...), que

[39] Despacho nº 59/1887, Sección Política. Libro copiador Bélgica, inédito.

nuestro escritor ejerció su profesión con inteligencia; que supo introducirse felizmente en los países en los que estuvo acreditado y representó mejor que nadie la doble embajada –diplomática y literaria–, que descifró y seleccionó inteligentemente las informaciones de sus realidades políticas, sociales, económicas o culturales; y sus informes fueron o pudieron ser instrumentos útiles para la actuación política exterior de España. Por su agudeza, supo discernir lo importante de lo trivial –aunque a veces se deje llevar en sus despachos por el romanticismo literario en inspirados retratos de personajes de la vida política o pública, descripciones de escenas populares o de situaciones relacionadas con el ejercicio diplomático–; y cultivó y ganó voluntades, a veces subrepticiamente contrarias a la política española –el rechazo de la prensa vienesa, los compromisos con los Gobiernos de Estados Unidos o Bélgica para la vigilancia de nuestros intereses políticos–; manifestó y tomó decisiones personales acertadas en momentos difíciles –mantenimiento de la neutralidad en el conflicto austro-prusiano y acompañamiento de la Dieta a Augsburgo–. Tuvo visión de la realidad y del fututo político –ante la unificación alemana, la política colonial portuguesa o el final del Imperio austro-húngaro–, capacidad de penetrar en las intenciones políticas de los Gobiernos y proponer acciones alternativas –recordemos el iberismo decadente en Portugal y los consejos de prudencia política dados al Gobierno español ante el creciente nacionalismo portugués, así como el giro de actuación diplomática dado para conseguir los fines unionistas–. Valera procuró representar a nuestro país con dignidad y desplegó celo y diligente actividad para proteger con eficacia los intereses de España –nuestras posesiones de Ultramar de las conspiraciones filibusteras, hasta el extremo de controlar las «oficinas de alarma» de Cayo Hueso y Nueva York y conseguir un largo período de calma en las insurrecciones filibusteras; también defendió con ahínco la estabilidad del Gobierno ante las amenazas carlistas–. Valera fue un atento observador de todos los episodios que la historia puso en sus manos y estamos seguros de que su filosofía diplomática, cuando se estudien sus actividades en los cargos de Subsecretario o Consejero de Estado (1874, 1888), se desvelará de calado más profundo.

Y hasta aquí, este breve paseo por la historia a la luz de estos diálogos políticos con España, memorias de la ausencia y de la presencia de un Valera transeúnte, privilegiado explorador o desterrado, actor o espectador de mundos cambiantes instantáneamente aprehendidos en estos despachos

que son pequeñas obras maestras, deliciosos reportajes, crónica de excepción de este estilista de la historia en la que supo unir magistralmente vocación y profesión, diplomacia y literatura.